

¿Existe una historia global del siglo XXI?

Touraine, Alain

2014

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3677>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



¿EXISTE UNA HISTORIA GLOBAL DEL SIGLO XXI?

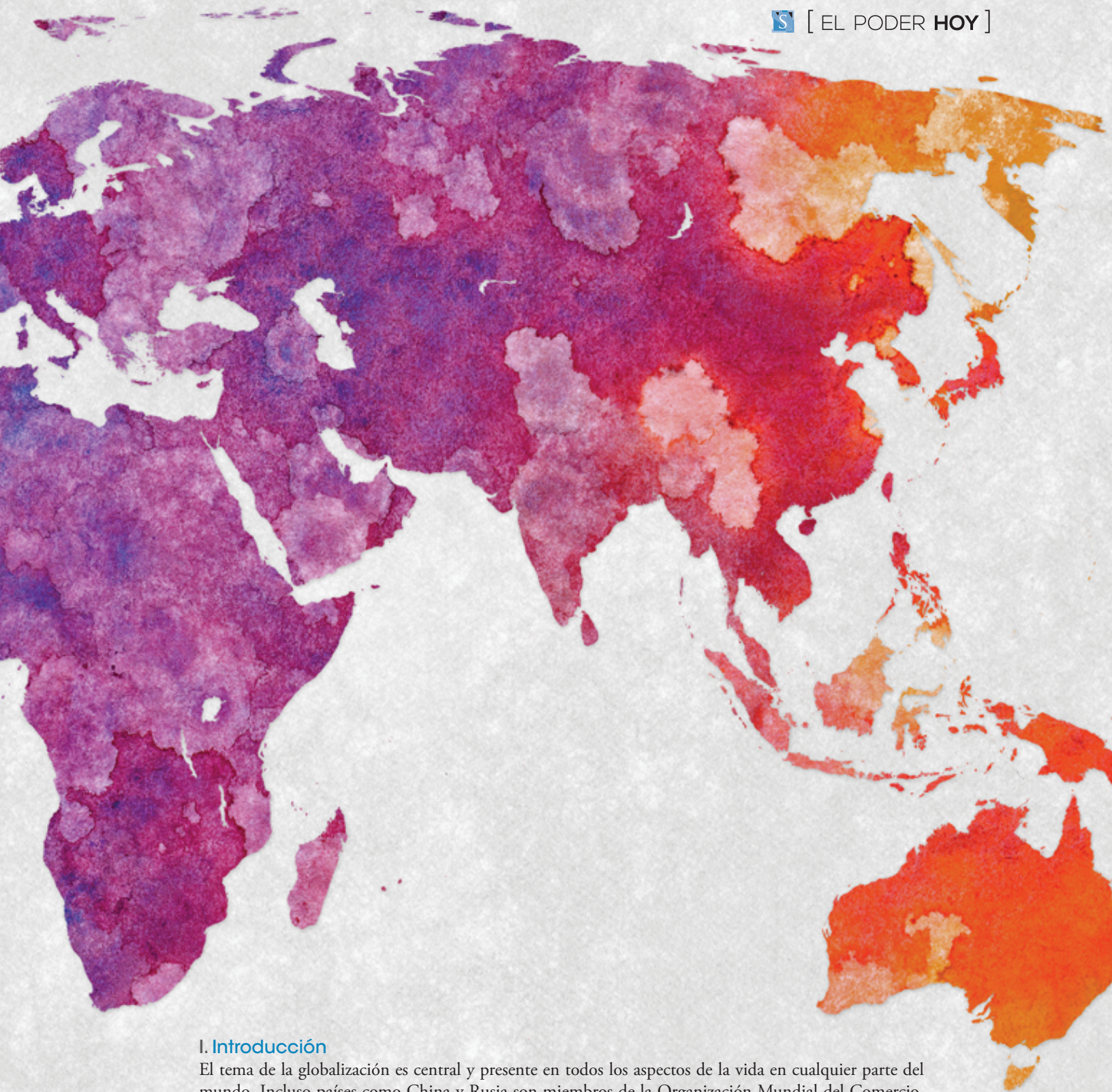
Conferencia Inaugural del Foro "El poder hoy".



Alain Touraine

Sociólogo. Doctor *Honoris Causa*, Universidad Iberoamericana, Puebla

Fotografía: Free Grunge Textures



I. Introducción

El tema de la globalización es central y presente en todos los aspectos de la vida en cualquier parte del mundo. Incluso países como China y Rusia son miembros de la Organización Mundial del Comercio, es decir, forman parte de mecanismos de globalización de los mercados. Millones de individuos, incluso aquellos que viven en países pobres o poco urbanizados y no solamente en grandes ciudades, participan en los *wordwide social networks* y, como cualquier joven mexicano, el nuevo Papa argentino emite *tweets*. Las mismas tecnologías y los mismos tipos de especulación o de narcotráfico, se utilizan en todas partes del mundo.

Esta observación es muy clásica y banal y puede ser interpretada de maneras contradictorias.

Muchos creen que participamos de manera cada vez más amplia en un mundo integrado. Un número más reducido de personas piensan que la globalización, que ha empezado con tecnologías, mercados y sistemas de comunicación, llegará rápidamente a los programas de educación, a los gustos musicales a través del universo casi sin límites de Internet. Es posible, en efecto, pensar que todos los continentes participan en el crecimiento económico y en lo que durante mi juventud se llamaba “desarrollo”. Pero no puedo estar satisfecho con estas observaciones, pues estoy convencido que entramos en un universo nuevo, aunque poco o nada sepamos de las orientaciones culturales, de los conflictos sociales y de las instituciones políticas de este mundo nuevo y que, en particular, no veamos semejanzas crecientes entre Estados Unidos y China o Irán y Egipto, entre Israel y Palestina o Brasil y Argentina. Tampoco estoy seguro que el Reino Unido y Francia, o Polonia y Hungría, se asemejen. Es más fácil aceptar la idea que países con tecnologías y sistemas de comunicación comunes mantendrán sistemas políticos y creencias religiosas opuestos y tan contradictorios como fueron la Alemania de Hitler y la Inglaterra de Churchill, o como actualmente son China e India.

De tal manera que siento la necesidad de definir, desde el comienzo, mis hipótesis. Creo en la unidad de la historia del mundo actual y futuro. Creo que el enfrentamiento entre los defensores de las libertades y sus enemigos, así como las condiciones de la victoria de las libertades y del bienestar son los mismos, y lo seguirán siendo aún más, en todas partes del mundo. A tal punto que alguien más joven y osado que yo, podría escribir hoy, a grandes rasgos, la historia del siglo XXI.

Les pido que me permitan tomar este riesgo inmenso, que no estoy seguro poder resolver y que hagamos juntos el esfuerzo intelectual que requiere tal aventura, no más arriesgada en realidad que la exploración de Marte o de la Luna.

II. La hegemonía occidental

Mi atajo para superar tantas dificultades es utilizar un método o, por lo menos, un lenguaje histórico. Porque en realidad no se trata de imaginar una sociedad posindustrial, sino de partir de la caída, del agotamiento y de la destrucción del modelo histórico dominante, no de la sociedad industrial o del capitalismo en general, sino, de una manera más precisa, de la sociedad occidental, capitalista, heredera a la vez de la Ilustración y de las conquistas coloniales. Una sociedad con una extrema concentración de recursos en manos de una élite dirigente reducida, masculina y nacional; sociedad que impone a todos una fuerte dominación tanto social como colonial y que está atravesada a su vez por principios sagrados religiosos, nacionales o patrióticos, heredados de un pasado lejano todavía influenciado por luchas sangrientas contra el poder religioso, los privilegios de la aristocracia y los rentistas. Este sistema de producción,

de conquista y de dominación fundamentalmente inglés, más que francés o alemán, ha dominado el mundo entero a partir de la victoria de los holandeses, y luego de los ingleses contra los españoles, hasta la victoria de los norteamericanos contra los ingleses entre las dos guerras mundiales.

El orgullo utópico del Occidente hegemónico identifica sus propios caminos de modernización con la misma Modernidad. Para la ideología dominante no había otro camino posible hacia ésta, lo cual es un error fundamental y peligroso. La Modernidad se define antes que nada por la importancia central que le otorga al universalismo, no solamente de la razón y de los derechos fundamentales, sino también de las religiones o de las filosofías que abarcan la totalidad de la especie humana. La Modernidad no puede identificarse con las modernizaciones, los procesos o las vías que conducen hacia ella. Los procesos de modernización están en gran parte determinados por la historia y por la cultura. Lo nuevo no se fabrica únicamente con elementos nuevos, sino también con lo antiguo, con idiomas, con recursos, con herencias recibidas de un pasado muchas veces lejano. El futuro se construye también con relatos interpretativos de la historia. Cualquier sociólogo rechaza rotundamente la ilusión de las naciones que tratan de imponer la idea de que su modernización es por sí misma la única posible, es decir, que es la Modernidad misma. Los occidentales, y en primer lugar los ingleses, que han construido el imperio moderno más grande, han tratado de imponer al mundo la voluntad de identificar su civilización con la Modernidad.

Esta pretensión del Occidente todopoderoso de identificarse con Dios, la paz, el progreso o con la felicidad de todos parece extraña, porque entra en contradicción con su propia experiencia histórica. Los países modernos, racionalistas y tolerantes, han sido también conquistadores, colonizadores y esclavizadores. A tal punto que la historia del Occidente moderno, dominada por una fuerte secularización, lo ha sido también por la transformación constante de métodos no solamente de dominación sino de exclusión, como lo ha mostrado, entre otros, Michel Foucault. En los países donde la Iglesia católica ha estado estrechamente vinculada con el poder central, los principios de libertad y de igualdad han sido limitados o negados más sistemáticamente que en los países protestantes. El poder de la sociedad y de sus ideologías morales respecto a las minorías culturales puede ilustrarse con las expulsiones de los judíos, la destrucción de los protestantes por el Estado católico en Francia y también con la negación de la ciudadanía británica a los católicos en Gran Bretaña, incluso después de la Revolución Francesa. El mundo que ha inventado las libertades fundamentales es también responsable de la trata de negros y de la deportación de los africanos hacia las plantaciones de Brasil o de Virginia.

No estoy diciendo que los caminos europeos de la modernización hayan sido más violentos o dominantes que

los demás, pero afirmo con fuerza que el modo de modernización de Occidente de ninguna manera puede ser identificado con la Modernidad, cuyo principio central es un universalismo que los europeos, a pesar de la brutalidad de su hegemonía, han elaborado y defendido en Atenas, en el Cristianismo, en la Ilustración y en los movimientos sociales de la sociedad industrial. Ya pasado el siglo XX, esta utopía, esta pretensión europea o norteamericana de identificarse con la Modernidad, resulta insostenible y es rechazada por los mismos occidentales cuando son respetuosos de los datos históricos más sólidos.

Pero conviene rechazar con la misma fuerza el error opuesto que se presenta como un multiculturalismo radical, como un constructivismo cultural extremo. Los intelectuales anticolonialistas no pueden limitar el universalismo occidental a la defensa ideológica del imperialismo. En realidad los mismos dirigentes antiimperialistas y anticoloniales se han apoyado constantemente en el universalismo de la ciencia y de los derechos humanos para rechazar la dominación política y cultural de los colonizadores. La Modernidad y las modernizaciones, que no pueden ser confundidas, no pueden tampoco ser separadas una de las otras. La situación más destructiva es la de un totalitarismo antioccidental que imponga sus especificidades, sus identidades, intereses y su cultura, contra la Modernidad en su conjunto. Nuestro mundo conoce muchos ejemplos de este tipo de totalitarismo cultural o nacional, es decir, de la pretensión de un *Big brother* de imponer como valor universal su ideología, su sistema de organización, de decisión y sus propias tecnologías, a pesar de las demostraciones opuestas de científicos y de historiadores. ¿Quién puede defender seriamente hoy la biología de Lyssenko?

III. La doble ruina de la modernización occidental

La definición más completa que podemos dar del siglo XX es que es la centuria que ha rechazado y destruido el modelo occidental de modernización, especialmente europeo, y a veces el mismo concepto de modernidad, dejando en manos de grupos antimodernos y posmodernos, un mundo humano herido o abandonado a la violencia por pensadores y políticos autolimitados a la destrucción de la dominación occidental. Vivimos rodeados de críticas radicales, en particular nacionalistas y religiosas, del universalismo occidental. Al contrario, considero indispensable que encontremos un camino para reconstruir a la vez y de manera interdependiente, el universalismo de la razón y de los derechos y la pluralidad de las culturas y de las historias, es decir, de los procesos de modernización, lo que es más difícil, para destruir todas las formas de totalitarismo o de comunitarismo que son los peligros más extremos que debemos eliminar para evitar el triunfo total y mortal de la violencia.

La caída del capitalismo industrial europeo y, en parte también, norteamericano, a pesar de tener orígenes lejanos,

ha sido más rápida luego de la derrota de Churchill frente al proyecto común de Stalin y de Roosevelt de dividir el mundo entre las dos grandes potencias: Europa fue dividida en dos grandes zonas de influencia opuestas y casi todos los países de la zona soviética fueron destruidos, empobrecidos y humillados.

En el mundo occidental, la clase dirigente fue atacada por el movimiento obrero a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y las mujeres, empezando en Inglaterra, destruyeron la hegemonía masculina, pero el modelo comunista, que dominó el sindicalismo y los intelectuales en muchos países, no solamente en Europa, ha subordinado las protestas obreras a los intereses del imperio soviético y, por consecuencia, ha destruido el movimiento obrero.

El escenario político europeo, que durante tanto tiempo se había mantenido muy activo, poco a poco ha perdido sus actores, primero los comunistas y los conservadores imperialistas, después los socialdemócratas y los liberales que no pueden mantener su autonomía frente a un capitalismo financiero globalizado dominado por los Hedge Funds de Londres y Nueva York. En el teatro político europeo el público está presente, pero los grandes actores tradicionales no han sido reemplazados, el escenario está vacío u ocupado por los llamados “enanos de Bruselas”, con la única excepción evidente de Jacques Delors.

El tercer elemento fundamental de la caída del sistema hegemónico, los movimientos de liberación nacional, de descolonización, revolucionarios, nacionalistas o jihadistas, después de haber destruido los imperios coloniales, a veces de manera controlada y no muy violenta, como en el caso de varios grandes territorios británicos, han creado en otros casos, cuando la descolonización se realizó a través de violencia (como en Francia, donde el colonialismo había sido apoyado tanto por la izquierda como por la derecha), dictaduras nacionalistas. Al final del siglo XX la hegemonía occidental que había dominado gran parte del mundo quedó totalmente destruida, y la creación exitosa, después de la Segunda Guerra, de modelos políticos de tipo social democrata o de una economía social de mercado, no ha tenido la capacidad de resistir el triunfo mundial del capitalismo financiero especulativo a partir de los años setenta.

Este breve resumen histórico es suficiente para definir los dos problemas mayores del periodo que se abre con la caída de esta hegemonía occidental.

El primer problema es tan evidente que ha conquistado fácilmente el pensamiento sociológico. La utopía europea que identificaba a la Modernidad con el modelo europeo de modernización, fue ampliamente rechazada. La imagen de la “vocación” del hombre blanco es tan radicalmente rechazada por todos, tanto en Europa como en el resto del mundo, que es imposible encontrar un modelo cultural nuevo que mantenga las orientaciones principales del modelo antiguo. Los norteamericanos, sencillamente no pueden sustituir a la antigua dominación inglesa.

la opinión pública se moviliza,

con razón y cada vez más

activamente, contra la

discriminación y las

violencias a las cuales

son expuestas las mujeres

en muchos países y que

quedan, en general,

impunes.

Por eso es más urgente definir cómo puede ser el porvenir que quedarse en la crítica del pasado. El análisis crítico del antiguo modelo ideológico de la modernización europea debe ayudarnos a formular los problemas del futuro próximo. Pero considero que sería un peligro igualmente grave abandonar la idea clásica de la Modernidad definida por el universalismo de la razón y de los derechos humanos. El relativismo cultural sistemático y su expresión institucional, el multiculturalismo radical, a pesar del valor positivo que le otorga a la tolerancia, no tiene la capacidad de resistir los ataques de los comunitarismos, de los regímenes autoritarios, de los fundamentalismos fuertemente dominados por el islamismo, no solamente en los países musulmanes.

En particular, la opinión pública se moviliza, con razón y cada vez más activamente, contra la discriminación y las violencias a las cuales son expuestas las mujeres en muchos países y que quedan, en general, impunes. Mientras en los países occidentales varios movimientos feministas han perdido parte de su fuerza en un ambiente ideológico que privilegia los intereses comerciales y da cada vez menos importancia a las ideas, a los debates sociales y culturales, la dependencia y la inferiorización general de las mujeres moviliza una oposición creciente en muchos países emergentes, en primer lugar, en los oficialmente musulmanes. En los países occidentales las violencias contra las mujeres, en particular las violencias sexuales, provocan protestas que las autoridades administrativas y los jueces no pueden ignorar. La debilidad actual de los feminismos europeos no puede ser utilizada como pretexto para ignorar que la “causa de las mujeres” tiene, en el periodo actual, importancia predominante en el ámbito mundial. La situación de las minorías sexuales (LGBT) es aún más dramática en un mundo cargado de xenofobia, de racismo y de rechazo a todas las conductas minoritarias.

Entonces, me parece relativamente fácil afirmar y defender una primera conclusión general: la necesidad de combinar el universalismo de la Modernidad con un multiculturalismo limitado: indispensable en los numerosos países que no tienen una homogeneidad cultural fuerte. Es importante saludar el éxito de los esfuerzos realizados, en particular en Bolivia y en Ecuador, para construir un modelo de repúblicas multiétnicas, como lo son muchos países andinos. De manera opuesta, la situación en los países balcánicos va empeorando a medida que aumenta la crisis económica europea y con ella la emigración de muchos gitanos o *roms* hacia los países occidentales. En realidad, las minorías en general se encuentran cada vez más amenazadas en muchos países.

En casi todo el mundo, la oposición entre la defensa universalista de derechos y la defensa, en general agresiva, de identidades; la oposición entre la homogeneización de la población y la afirmación de la superioridad de una comunidad frente a las otras, es una fuente muy importante de conflictos. Todos nos interrogamos sobre la evolución en un futuro próximo de los movimientos neouniversalistas, es decir: democráticos, y de sus enemigos, los comunitarismos y los movimientos de defensa de una identidad. No estoy aquí defendiendo el universalismo europeo y condenando los comunitarismos, sino, lo repito, buscando métodos, procesos, a través de los cuales se pueda combinar el universalismo de los derechos con el respeto a la especificidad de las historias, de las culturas y por lo tanto, de los caminos de la modernización.

Creo que el cambio político más importante en el mundo consiste en la formación de nuevos movimientos democráticos, definidos básicamente como tales. Estos movimientos, que se apoyan en gran parte en los jóvenes, encuentran una oposición radical de los antiguos dirigentes nacionalistas transformados en *leaders* autoritarios y de una nueva “burguesía nacional” que busca el apoyo de fuerzas religiosas.

La transformación, en general precoz, de los libertadores en tiranos y dictadores, se explica por la definición básicamente negativa de sus luchas. En muchos países del mundo, el objetivo principal y prioritario no es el desarrollo económico o la redistribución interna de los recursos, sino la lucha armada contra el colonizador europeo o norteamericano, a menudo en nombre de la defensa de tradiciones culturales sagradas.

Abundan los ejemplos. Mientras al final del siglo XIX la burguesía u oligarquía egipcia, bajo el control de Gran Bretaña, hizo grandes esfuerzos para transformar su país, el éxito

de Nasser fue obtener el apoyo de Estados Unidos y de la Unión Soviética contra la invasión israelí apoyada por Gran Bretaña y Francia en 1956. En Argelia, el líder de la lucha nacionalista, Ben Bella, fue rápidamente eliminado por el jefe del ejército de las fronteras, Boumedienne, en el origen de la dictadura militar. Recientemente, aunque antes de las primaveras árabes, Argelia fue dominada durante un decenio por una guerra civil entre el gobierno militar de Boutlefiqa y los islamistas jihadistas. El caso más extremo es el de Afganistán, en el cual los talibanes fundamentalistas eliminaron las tropas soviéticas que habían invadido el país antes de resistir con éxito a la intervención armada de Estados Unidos y de sus aliados. Doble conflicto militar durante el cual se mantuvo una vida económica dominada por el comercio del opio.

En el Cercano Oriente el poder militar de Israel y su oposición creciente a la formación de un Estado nacional Palestino, ha radicalizado las intifadas palestinas, transformando al propio Israel, creado como refugio y base de sobrevivencia después de la Shoah, en un instrumento de dominación política impuesta a los palestinos y en un núcleo de economía avanzada en una región todavía dominada por el petróleo árabe. Un movimiento político y una acción militar que tienen como meta central la eliminación por la fuerza de un enemigo nacional o religioso, no se transforman en regímenes democráticos sino, al contrario, en dictaduras más o menos militarizadas. Hasta los regímenes Baassistas que habían sido creados como Estados laicos, como en Irak y Siria, se volvieron islamistas, dedicando sus fuerzas a guerras contra minorías religiosas o naciones extranjeras.

Esta transformación de los libertadores, armados o no, en dictaduras que orientan sus fuerzas contra enemigos exteriores, tiene como consecuencia directa una evolución antidemocrática acelerada.

A pesar de la violencia represiva de muchos regímenes autoritarios, la tendencia reciente más fuerte es la protesta democrática, aunque esta exigencia de democracia no tenga todavía los instrumentos de acción que le permitan organizarse y llegar al poder. Esta protesta no solamente manifiesta de manera clara su rechazo al autoritarismo, al comunitarismo, incluso a gobiernos de tipo religioso o jihadista, sino además expresa la idea que la democracia es la precondition del progreso social y económico. Esto no significa que los regímenes autoritarios sean incapaces de alcanzarlo —el ejemplo Chino muestra lo contrario—, sino que la oposición a la política de un régimen autoritario está orientada hacia ideas y métodos democráticos, a la vez por fuerzas sociales y económicas modernizantes. Aun cuando las fuerzas de oposición no tienen la capacidad de organización y de información que permite a un grupo político gobernar un país cada vez más integrado en la vida económica internacional, la exigencia propiamente ética del universalismo de los derechos fundamentales posee una gran capacidad movilizadora.

Es un hecho que en Túnez o en Egipto, los jóvenes democratas que organizaron las inmensas demostraciones de masa

de la plaza Tahrir, fueron incapaces de oponer al ejército y a los Hermanos Musulmanes, ambos con experiencia de poder, una capacidad de acción suficientemente contundente para atraer a los electores. Pero eso no significa que sus derrotas les impidan, en un futuro próximo, intentar transformar la oposición política en un programa y en una capacidad programática capaz de dar reales oportunidades a una política democrática.

Esta conclusión me parece más válida en el caso de países emergentes que en los países occidentales, los cuales ya han tenido una larga experiencia histórica democrática. Los observadores europeos han quedado impresionados por el éxito imprevisto del panfleto —de alrededor de veinte páginas—, escrito por Stéphane Hessel, ex diplomático francés que en su juventud había sido combatiente voluntario en los *Free French* en Londres y deportado al campo de Buchenwald durante la ocupación nazi. Varios millones de ejemplares fueron editados y su título “Indignez-vous!” (Indígnese!) se transformó en el nombre de un movimiento social español, “Los indignados”, que organizó demostraciones de masa en las grandes ciudades españolas y no solamente en la Puerta del Sol en Madrid. La misma observación vale para el movimiento norteamericano Occupy Wall Street, presente en decenas de ciudades, incluso en Londres. En muchos países se formaron movimientos de opinión, sin organización vertical, apoyados en el contacto de persona a persona, en general a través de las redes sociales como *Facebook* o *Twitter*.

Las victorias de los Hermanos Musulmanes y luego del ejército, en Egipto, no significan el fin de los movimientos democráticos de base que mantienen una gran influencia en la juventud educada y entre los intelectuales. Pero nos recuerda que el camino que va del rechazo del comunitarismo autoritario hacia la creación de instituciones democráticas, es largo y complejo. Esto se ha visto de manera aún más dramática en Tiananmen, en Pekín en 1989, cuando el gobierno comunista chino reprimió brutalmente el movimiento y fortaleció el control del partido-Estado sobre todos los aspectos de la vida social.

La Primavera árabe no es un proceso continuo y siempre exitoso de formación de partidos democráticos; es la afirmación de la necesaria subordinación de la acción política, y en particular de la violencia política y militar, al respeto de los principios éticos, de las ideas de libertad, de igualdad, de la dignidad de los seres humanos y, de manera más activa, de la movilización de las conciencias y de la voluntad de lucha contra las fuerzas políticas que niegan estos principios universalistas y buscan imponer su poder, aun cuando no tienen base política fuerte.

Esos movimientos y los movimientos revolucionarios tienen en común: la voluntad de ruptura con el poder político anterior; pero su orientación es básicamente contraria a los actos revolucionarios que suceden en momentos de crisis y que dan prioridad a la conquista del poder estatal

por la fuerza. En la Primavera árabe se trataba más bien de crear conciencia, de proclamar principios, de afirmar derechos humanos que deben ser respetados por todos los tipos de poder político.

El caso clásico de la Revolución Francesa muestra de manera muy clara —y contra la ideología de los republicanos de la Tercera República—, la oposición entre la Asamblea Constituyente de 1789 que proclamó la soberanía popular, los derechos humanos y suprimió los privilegios de la nobleza y del clero, y el periodo del Terror que empezó con la guerra de los países europeos contra Francia, la movilización popular y las guerras civiles contra los enemigos de la Revolución acusados de traicionar la nueva República. Muchas víctimas del Terror habían sido partidarios y defensores activos de los principios democráticos proclamados en 1789.

La consecuencia principal de esta observación es que el nuevo desarrollo de la democracia depende, de manera más concreta y eficiente, de la capacidad de lucha de las fuerzas éticas contra las dictaduras de los ex libertadores, que del descontento de los jóvenes europeos o norteamericanos que sufren de desempleo y, aun más, de subempleo.

IV. El papel de las democracias occidentales

Pensar que los actores occidentales ya no juegan un papel importante en el proceso de democratización sería un error grave. En primer lugar, porque algunas naciones occidentales han acumulado una larga experiencia política e intelectual de los problemas de la democratización y también de la desdemocratización.

La libertad de la cual gozan muchos intelectuales occidentales desde hace varios siglos les ha permitido desarrollar ideas y controversias que enriquecen el pensamiento político y que son muy útiles para los demócratas del mundo entero. Los defensores de la democracia, violentamente atacados y reprimidos en su acción y pensamiento en varios países, pueden apoyarse en la solidaridad de los intelectuales que gozan de un alto nivel de libertad. En realidad, el papel de esos intelectuales occidentales es aún más importante que el hecho de haber sido los primeros en construir la democracia. Es indispensable reconocer que es a través del pensamiento europeo, desde los griegos hasta los autores más recientes, pasando por el Cristianismo, los escritores y filósofos de la Ilustración —Voltaire, Rousseau, Kant, Goethe—, que se ha desarrollado un pensamiento humanístico de tipo ético que ha orientado profundamente las democracias inglesa y francesa en formación.

Mientras sigo criticando con fuerza la ilusión europea de identificar su propio modelo de modernización con la Modernidad misma, quiero dejar claro el papel excepcional del pensamiento y de la política occidental —tomando esta región en un sentido amplio— en la introducción del

universalismo dentro de la vida política y social a través del culto de la razón y del respeto de los derechos y de la dignidad humana. Por esto mantengo mi oposición firme al relativismo cultural radical que elimina cualquier tipo de universalismo del pensamiento moral y político.

No se trata, repito, de extender la experiencia occidental de pensamiento y de acción democráticas al mundo entero, se trata de manera profundamente diferente e incluso opuesta, de combinar elementos del universalismo, los cuales no todos pertenecen a Occidente, pero fueron desarrollados, en gran parte, por el pensamiento y la acción política occidentales, con historias y especificidades culturales que son múltiples, tanto fuera como dentro de Europa.

En realidad, no nos encontramos aquí con grandes dificultades, por la razón que los caminos de modernización, dentro de Europa, han sido muy diferentes uno del otro. Inglaterra ha privilegiado a empresarios y banqueros, considerándolos agentes centrales del desarrollo industrial, mientras que Francia ha dado el papel más importante al Estado, desde el colbertismo, en el siglo XVII, hasta su sistema reciente de planificación y a veces de nacionalización de grandes empresas públicas. Las diferencias han sido notorias también entre un país católico como Francia y un país protestante como Gran Bretaña y también sería un error pensar que la modernización temprana de Europa estuvo vinculada a la existencia de un sistema de Estados nacionales.

La integración política de China es opuesta al pluralismo político de India, pero de la misma manera España, quien fuera un imperio multiétnico y multilingüístico, fue y es muy diferente de Francia, Estado nacional integrado, y quien puede olvidar que Italia y Alemania se construyeron como Estados nacionales solamente en la segunda mitad del siglo XIX. Otro ejemplo del carácter minoritario de los Estados nacionales es el de Estados Unidos, que no alcanzó su unidad social antes de la guerra civil y de la derrota del sur.

En todos los terrenos, la identificación de Occidente con la Modernidad fue rechazada desde hace muchos decenios, e historiadores ponen en tela de juicio la tesis sobre la supremacía económica de Europa sobre parte de China en el siglo XVIII. En el periodo más reciente es imposible no incorporar a Japón, Corea del Sur, Singapur y gran parte de China entre las regiones más avanzadas en el desarrollo de la economía numérica. De la misma manera, varios países latinoamericanos son miembros de la OCDE y muchas obras culturales creadas en el continente forman parte del patrimonio mundial, mientras los intercambios económicos entre dichos países y el mundo asiático han progresado de manera rápida. La antigua oposición entre los tres mundos: el mundo occidental capitalista, el mundo comunista y el tercer mundo, no solamente ya no corresponde a la realidad del mundo contemporáneo, sino que la fórmula ha quedado obsoleta.

Conclusión

Una conclusión se impone: es posible y debe hablarse de todos los países –con pocas excepciones que no tienen realmente importancia–, con las mismas categorías, no solamente cuantitativas sino también culturales, políticas o científicas.

Una vez eliminada la antigua dicotomía entre modernos y tradicionales, que crea falsos problemas más que buenas respuestas, conviene ir mucho más lejos y de manera decidida, para afirmar y definir la unidad del sistema mundial. Unidad que no significa que todos los países o todas las categorías sociales vivan o piensen de la misma manera –lo que sería absurdo–, sino que todas las partes y categorías de la población humana tienen que ser definidas por los procesos y el nivel de combinación del universalismo de la razón científica y de los derechos humanos universales por un lado, con la diversidad de las culturas y, de manera más general, de las historias, por el otro.

Actitud intelectual que nos obliga a separar los procesos históricos que pertenecen a una historia global, de los procesos que rechazan este marco de referencia y que corresponden a una representación puramente identitaria de los actores sociales o puramente económica y cuantitativa de los sistemas sociales. Tanto en la vida del mundo como en el tráfico urbano hay que separar autopistas y callejones sin salida.

No me parece posible incorporar en una historia global, ni la economía ilegal de los narcotraficantes, ni el terrorismo político o religioso que programa como meta principal la destrucción completa o la reducción a la esclavitud de una nación internacionalmente reconocida y con recursos importantes. Existen muchas conductas que no pertenecen a la historia global, sino solamente al estudio de las coyunturas económicas o de las guerras regionales, locales o internacionales.

El papel de mayor importancia que deben asumir las ciencias sociales en la actualidad es: ampliar y diversificar lo más posible las redes de comunicación, el conocimiento de los actores y la ampliación de los intercambios económicos y políticos. Porque la gran mayoría de ellos forma un sistema mundial que tiene una fuerte capacidad de autocontrol y de autotransformación que corresponde a nuestra conciencia de que el presente y el futuro de una nación o de una categoría social hoy dependen más del futuro del sistema mundial que del pasado de esta nación o categoría social.

Para cada uno de nosotros debe ser prioridad: comprender y transformar nuestra vida individual en acuerdo con los procesos de transformación y apoyo a la combinación del universalismo y de la diversidad y el rechazo tanto de una lógica puramente financiera como de una lógica comunitarista o de superioridad de una identidad cultural sobre las demás.